

Una pequeña cirugía

Jessica Paola Campo Álvarez

No puedo dejar de pensar en el procedimiento de aquella tarde. “Abra la boca”, me dijo el cirujano maxilofacial, al tiempo que la enfermera auxiliar me ponía un oxímetro para medir el pulso. Sentí cómo lentamente me introducían una aguja en la encía mientras el líquido de la anestesia descendía. Tres chuzones más y el bisturí trazó una cruz y comenzó a abrir la encía. Después, el cirujano sacó la muela con la ayuda de una pinza y procedió a coser la encía.

Yo intentaba deslizarme por la silla y temblaba. Al cirujano, parecía no importarle. El único comentario que hizo fue preguntarme si mi nariz había sido operada. Cuando quise responderle, metió de nuevo su mano para anestesiarme la muela de arriba. Pero surgió algo inesperado. Yo no tenía suficiente espacio y la cordal estaba muy cerca a la otra muela. Entonces, con una lima de hueso, el cirujano intentó abrir un espacio. Como no le funcionó, pidió a la auxiliar un martillo y ese sí que fue el momento trágico.

Puso el escolpo sobre la muela y empezó a golpear. Mi cara estaba debajo de su brazo, mi cráneo se movía con cada impacto y con cada “pum, pum, pum”, bajaba una lágrima. De pronto, escuché un “crash” y me dije: “Se me partió la muela”. Luego, con la pinza, empezó a sacar los restos y siguió cociendo la encía. Ya solo quedaba una muela. Así que otra vez la anestesia, el bisturí sobre la encía y como novedad, una fresa abriendo espacio para que pudiera salir la muela. Por fin, el cirujano, dijo: “Nos vemos dentro de ocho días para retirar los puntos”. Y aquí estoy. He dado vueltas en la cama, sin poder olvidar esta cirugía, pensando que estos ocho días van a ser los más eternos, dolorosos y traumatizantes de mi vida.